SEGUNDA PARTE
LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO CRISTIANO

SEGUNDA SECCIÓN
LOS SIETE SACRAMENTOS DE LA IGLESIA

CAPÍTULO TERCERO
LOS SACRAMENTOS AL SERVICIO DE LA COMUNIDAD

ARTÍCULO 4
EL SACRAMENTO DEL ORDEN

1536 El Orden es el sacramento gracias al cual la misión confiada por Cristo a sus Apóstoles siguió siendo ejercida en la Iglesia hasta el fin de los tiempos: es, pues, el sacramento del ministerio apostólico. Comprende tres grados: el episcopado, el presbiterado y el diaconado.

[Debe la institución y la misión del ministerio apostólico por Cristo es a ser tratada en los números 874-896. Aquí sólo se trata de la realidad sacramental mediante la que se transmite la misión y la gracia.]

I. El sacramento del Orden

1537 La palabra Orden designaba, en la antigüedad romana, cuerpos constituidos en sentido civil, sobre todo el cuerpo de los que gobiernan. Ordinario designa la integración en un orden. Es la Iglesia los cuerpos constituidos que la Tradición, no sin fundamentos en la regular designación de Dios, lo llama, en el sentido de que son ordenados por su misión, que les pertenece, también, de orden (sin latín): el latín designaba también el rango, el oficio, el orden profesionales, del civil «decurionat». También recibían este nombre de «ordo» otros grupos: los consiliarios, los clérigos, los expertos, los viudas.

1538 La integración en uno de estos cuerpos de la Iglesia se hacía por un rito llamado «ordenación», que era también un sacramento. Se hacía de ello memoria en la oración de Dios, que inaugura el rito: «Dios omnipotente, eterno, que distribuiste tus dones a los miembros de tu pueblo, de los ministerios y de los oficios, para que la Iglesia, como el cuerpo de Cristo, se edifique en la unidad y en la fuerza de tu Espíritu Santo que permite «pasar» a «todo cuanto» (*omnia omnia*) (1 Co, 10) que sabe poner «en Cristo», a través de su Iglesia. La ordenación también se llamaba consagración, porque era un don de Dios que hacía a quienes lo recibían «santos», es decir, consagrados, «de manos» del «Santo», que es la «santa consagrada», constituidos «santos» en Cristo y para Cristo.

II. El sacramento del Orden en la Economía de la salvación

El sacerdocio de la Antigua Alianza

1539 El pueblo elegido fue constituido por Dios como "un reino de sacerdotes y una nación consagrada" (Ex 19,6; cf 1 Ped 2,9). Pero dentro del pueblo de Israel, Dios escogió una tribu para que se consagrase a su servicio: la tribu de Leví. Dios hizo a los levitas para que sustituyan a los primeros (cf Nm 3,11-13). Los hizo propio consagrándoles a los ritos del sacerdocio de la Antigua Alianza (cf Ex 29,1-30; Lv 8). Ya ellos los sacerdotes fueron establecidos "para intervenir en favor de los hombres" (Heb 5,1) y de que se ofrezcan dones y sacrificios por los pecados (cf Heb 5,3).

1540 Instituido para anunciar la palabra de Dios (cf Mt 2,7-8) y para restablecer la comunión con Dios mediante el sacrificio y la oración, el sacerdocio levítico era, sin embargo, incapaz de realizar la salvación que era figura. No podía, en efecto, ofrecer un sacrificio que quitase los sacrificios, y no podía alcanzar una santificación definitiva (cf. Hb 5,3; 7,27; 10,1-4), que sólo podría ser lograda por el sacrificio de Cristo.

1541 No obstante, la liturgia de la Iglesia no dejará de acordarse de Aaron y de el sacrificio de los sacerdotes de la Antigua Alianza, como de la figura de los ministros de la Nueva Alianza. El día de su ordenación, el obispo recitará sobre el elegido la Nueva Alianza. Por ello, en el rito latino la Iglesia se dirige a Dios en la oración consecratoria de la ordenación de los obispos de la siguiente manera:

«Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo [...] Tu que establecías normas en la Iglesia con la palabra bienhechora. Desde el principio te preparaste un linaje de justicia. Tu quisiste que de Abrahán nacieran reyes. Tu no dejaste sin santuarios ni ministros. (*Pontifical Romano: Ordenación de Obispos, presbíteros y diáconos*, Ordenación de Obispo, Oración de la Ordenación, 47).

1542 En la ordenación de presbíteros, la Iglesia pide a Dios:

«Dios, independiente y eterno [...] tu en la primera Alianza quisiste que tus ministros, elegidos para ofrecer sacrificios a la gloria de tu nombre, fueran figura de la perfecta, para perfeccionar y santificarlos, los elegidos colaboradores, subordinados en orden y dignidad, que los acompañaron y secundaron. Así en el desierto quisiste que Moisés comunicara a los setenta varones prudentes que tu prudente con los cuales gobernar fielmente a tu pueblo [...] Así también hiciste participar a los hijos de Jaráin de la abundante plenitud elegida a su padre, a quienes constituiste en el número de los setenta ancianos» (*Pontifical Romano: Ordenación de Presbíteros*, Oración de la Ordenación, 158).

1543 Y en la oración consecratoria para la ordenación de diáconos, la Iglesia confiesa:

«Dios Todopoderoso [...] Tu hacer crecer a la Iglesia, a la edificas como templo santo, en donde se ofrece el sacrificio de alabanza, tu que, por medio de tus servicios, del mismo modo que en la Antigua Alianza habías elegido a los hijos de Leví para que cumplieran el oficio de siervos, también, por medio de los siete varones llenos de Espíritu Santo, hiciste que tu Hijo, Jesucristo, tu siervo, fuera instituido en el ministerio de la santidad» (*Pontifical Romano: Ordenación de Diáconos*, Oración de la Ordenación, 177).

El sacerdocio de Cristo

1544 Todos los perfeccionamientos del sacerdocio de la Antigua Alianza eran cumplimiento en Cristo Jesús, "único [...] mediador entre Dios y los hombres" (1 Tm 2,5). Melquisedec, "sacerdote del Dios Altísimo" (Gn 14,18), considerado por la Tradición como una anticipación del sacerdocio de Cristo, único "Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec" (Hb 5,10; 6,20), "santo, inocente, inmaculado" (Hb 7,26), que, "mediante una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los santificados" (Hb 10,14), es decir, mediante el único sacrificio de su Cruz.

1545 El sacrificio redentor de Cristo es único, realizado una vez por todas. Y por esto es hacer presente el sacrificio redentor de la Iglesia. Lo mismo sucede con el único sacerdocio de Cristo: se hace presente por el sacerdocio ministerial sin que con ello se quebrante la unicidad del sacerdocio de Cristo: "Pues no hay más que un sacerdote, el Cristo, que ejerce su ministerio aquí y ahora [...] Es en el cielo donde se ejerce el verdadero sacerdocio, de los que el nuestro es participante y que no es sino imagen del verdadero, el mismo cielo" (San Juan Crisóstomo, *De sacerdotio*, 3,4; cf 6,4; 2,5; 3,5).

Dos modos de participar en el único sacerdocio de Cristo

1546 Cristo, santo sacerdote y único mediador, ha hecho de la Iglesia "un Reino de sacerdotes para su Dios y Padre" (Ap 1,6; cf 5,9-10). Por el bautismo, los bautizados se han consagrado, en cuanto, al sacerdocio. Los fieles ejercen su sacerdocio bautismal a través de su participación, cada uno según su vocación propia, en la misión de Cristo. Sacerdote, Profeta y Rey. La consagración bautismal es, para todos los fieles, la raíz de su participación en el sacerdocio de Cristo.

1547 El sacerdocio ministerial o jerárquico de los obispos y presbíteros, y el sacerdocio común de todos los fieles, "aunque no diferentes en esencia y no en grado, están ordenados el uno al otro [...] ambos, en efecto, participan [...] del único sacerdocio de Cristo" (Concilio Vaticano II, *LG* 10). Ciertamente, el sacerdocio ministerial es un medio en el que la Iglesia ejercita la misión de los Apóstoles, y es también el sacramento que, con ello, se ofrece a los fieles. Es, en efecto, el sacerdocio ministerial el